

Reminiscencia histórica de Iztacalco: inferencias del Proyecto de Salvamento Arqueológico La Viga-Iztacalco

Omar Espinosa Severino

Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH

Resumen: El equipo del Proyecto de Salvamento Arqueológico La Viga-Iztacalco exploró un predio en el barrio Santiago Norte de la Ciudad de México, que fue territorio periférico hasta principios de la década de 1940. Una de las actividades fue el registro de cultura material para que, comparada con las fuentes documentales, se infiriera una historia compartida de las ocupaciones y el núcleo fundador de Iztacalco. Las reminiscencias históricas de esta localidad son punto de partida del salvamento arqueológico, que aporta información inédita al registro histórico de una de las áreas céntricas de la capital, expone a qué se debe que se le refiera como barrio originario y explica cuál es su importancia cultural.

Palabras clave: Iztacalco, barrio, salvamento, La Viga, memoria cultural.

Abstract: The La Viga-Iztacalco Archaeological Rescue Project was an opportunity to explore the Santiago Norte neighborhood of Mexico City, a peripheral territory at least until the 40s of the 20th century. Archaeological study of material culture at the patrimonial center of Iztacalco provides valuable information about its history. Historical reminiscences of Iztacalco were the starting point for the project, which adds to our knowledge of one of the central areas of the present-day metropolis and explains why it is considered an original neighborhood of the capital city and the cultural importance it has in the city.

Keywords: Iztacalco, neighborhood, archeological salvage, La Viga, cultural memory.

Iztacalco es un núcleo fundador histórico en la Ciudad de México, cuya significación fue absorbida por la propia metrópoli; la creciente urbanización ha desdibujado muchos momentos de su devenir y cubierto con asfalto su conformación originaria. El velo de la historia se levanta en su reminiscencia prehispánica, avanza y se diluye en la corriente temporal modernizadora de un pueblo que resistió el progreso protegiendo la designación de barrio originario.

Iztacalco, alcaldía contemporánea, mantiene un núcleo social diverso, cambiante y en búsqueda de una estabilidad ciudadana que contrasta con sus inicios; es un asentamiento que sólo guarda en su memoria algunas de sus remembranzas. Iztacalco se entiende por su papel en la urbe, un punto periférico cuyo pasado se ancla en la presencia anecdótica de su entorno biosocial, por lo menos hasta que fue absorbida por la metrópoli, convirtiéndose en parte de la mancha urbana. Pero incluso ese anclaje se mantiene disímil ante el tipo y la cantidad de información que se tiene; su historia se ampara bajo la óptica de los códices, las crónicas novohispanas modernas, y los registros contemporáneos.

Iztacalco fue un islote menor al oeste del Lago de Texcoco, cuyo origen geológico se remonta al Cuater-

nario, último periodo del Cenozoico, por lo cual, en términos geológicos, es un terreno reciente. Su localización fue clave para la convergencia de las llanuras: lacustre y salina al suroeste, paso obligado en el sistema de lagos de la Cuenca de México. La fundación y permanencia de este promontorio fundamentó su desarrollo histórico, económico y cultural.

Su extensión es la menor de la ciudad, sólo 23.3 km², aunque es una de las alcaldías más densamente pobladas, aproximadamente 400 000 habitantes. Se encuentra en el sureste limítrofe de la Ciudad de México, colindada con el Estado de México, se compone de 38 unidades territoriales que podrían dividirse en dos a partir de su peculiar disparidad histórica: el núcleo fundador de Iztacalco, donde se encuentran los barrios originarios, y las múltiples colonias aledañas que se fueron asentando entre 1950 y 1970.

El presente artículo es un recorrido por reminiscencias interpretativas recopiladas y recuperadas por el proyecto de salvamento arqueológico. La locación de la investigación fue el Barrio Santiago Norte, uno de los ocho originarios, cuya permanencia temporal y desarrollo sociocultural, paralelo a la urbe metropolitana, le hicieron valer que fuera designado zona patrimonial; además, la colindancia directa con el Canal de La

Viga hace de esta reflexión un nicho de oportunidad para interconectar conocimientos arqueológicos, históricos y antropológicos.

La perspectiva que ofrece la alcaldía, como una sección de la Ciudad de México de hoy, visualiza el papel de la periferia en la historia del desarrollo urbano de la megalópolis, un espacio que refiere una ocupación lacustre, su crecimiento, su relación geográfica, su uso social, el modo de vida que evidenció la unificación de clases sociales y las costumbres que se fueron olvidando con el paso del tiempo. Iztacalco tiene una memoria fragmentada que promete reminiscencias del pasado a través de las huellas que quedaron atrás.

Iztacalco y sus memorias

La memoria iztacalca es discontinua pero permanente; comienza antes de la fundación de la gran capital mexicana, se acrecienta de la mano con la metrópolis durante el virreinato hasta la modernidad. Aquí hacemos un recuento del desarrollo sociocultural de Iztacalco, una síntesis exhaustiva del material disponible que ayudó a contextualizar el proyecto arqueológico.

La evocación prehispánica es leída a partir de registros de los siglos xvii y xviii. Las fuentes más socorridas para reconstruir la historia prehispánica de Iztacalco son las crónicas de Hernán Cortés, de Bernardino de Sahagún, de Fernando Alva Ixtlilxóchitl, de Hernando de Alvarado Tezozómoc y de los códices Aubin, Ramírez y Ozuna (Espinoza Vázquez, 2012).

A modo de relatoría completa con fuentes y datos complementarios, se puede decir que la llanura salina fue el precepto de la naturaleza de Iztacalco, Ixtacalco o Tlachco: aprovechando y convirtiéndola en industria económica primigenia, además de punto de navegación indispensable en el sistema de lagos de la cuenca. Al localizarse entre el extremo sureste del islote de México-Tenochtitlan y la península de Iztapalapa-Mexicaltzingo, Iztacalco gozó de relaciones políticas de carácter prioritarias (Espinoza Vázquez, 2012).

Hasta hoy no se cuenta con información que exprese ocupaciones anteriores a la mexicana, y se desconoce la situación en el Preclásico o el Clásico, cuando aparentemente todos los asentamientos se concentraron en el sur de la región. Sin embargo, en el *Códice Aubin* se relata que los mexicanos arribaron a Iztacalco entre 1309 o 1361 y 1362 (12 *calli* y el 13 *tochtli*), poco antes de asentarse definitivamente y fundar México-Tenochtitlán, siendo un antecedente importante de la urbe e Imperio subsecuente (Espinoza Vázquez, 2012).

El proceso urbano podría haber llegado a Iztacalco en el reinado de Izcóatl y Moctezuma Ilhuicamina, entre 1427 y 1467 (Lombardo de Ruiz, 1973). Sobra decir que era punto intermedio de conexión y de control entre Tenochtitlán y sus poblados aliados militares y

comerciales, y formaba parte de la vía navegable bilateral que recorría varios islotes entre Tenochtitlan y Mixihuca, Zacatlalmanalco (Santa Anita) Nextipan (San Juanico), Atlazolpa, Tetecpilco o Mazatla, Iztapalapa, Mexicaltzingo, Culhuacan, Tomatlan, Huitzilopochco, Coyoacan, Xotepingo, Acoxta, Tezonco, Xochimilco, Tláhuac y Chalco (Jiménez, 2013). Su condición de puesto comercial se mantuvo durante el virreinato (figura 1).

Los datos más concretos sobre Iztacalco provienen de registros formales a partir de 1553, que refieren su condición de puesto de control y zona productora de sal, visualizándose así indicios de una condición especial de carácter administrativo. Según Rovira Morgado (2014), se trata de una excepción exclusiva: lo considera como un barrio extraurbano que contaba con su propia red de sujetos; es decir, una unidad administrativa mixta con jurisdicciones del *tlaxilacalli* y *tlaxilacaltin*.

Sobre el punto anterior existen muchas discrepancias, ya que existe una controversia competente respecto de la jerarquía de Iztacalco y de su subordinación a México-Tenochtitlan. Se le relaciona con la parcialidad San Pablo Teopan como unidad superior, pero a su vez se formula que Iztacalco era más bien dependiente de San Juan Moyotlán (Espinoza Vázquez, 2012; Fernández, 1992; y Vega, 2017). Las discrepancias podrían entenderse en función de dos factores: el entendimiento de las unidades administrativas originarias prehispánicas y el registro que ello conllevaba de los distintos cambios administrativos de las mismas unidades, en los primeros años del virreinato.

Iztacalco mantuvo su condición de periferia durante toda la Colonia, era una población a una legua de distancia de la Ciudad de México, fue considerado pueblo de indios y renombrado San Matías Iztacalco. Fue conocido porque era una estancia que combinaba su superficie natural con el método de chinamepado para ganar espacio a la superficie acuática. Se regía bajo un régimen tributario que dependía de la explotación salina y del suministro de algunos productos agrícolas — hortalizas y verduras—. Junto con Santa Anita era una zona chinampera que propiciaba el comercio hacia el sur de la cuenca con los actuales pueblos de San Pedro Tláhuac, Xochimilco, San Andrés Mixquic y Santiago Tulyehualco (Espinoza Vázquez, 2012; y Vega, 2017).

En el siglo xvi se establecieron los cinco barrios fundadores del Pueblo de Iztacalco: Asunción, Santa Cruz, Santiago, San Miguel y Los Reyes, en los que vivían sólo 296 habitantes. A partir de 1550, la orden franciscana se encargó de administrar la zona estableciendo siete templos: San Matías Iztacalco fue de los principales (Espinoza Vázquez, 2012).

El pueblo fue una estancia de la parcialidad de San Juan, dentro de su jurisdicción civil y en la parroquia

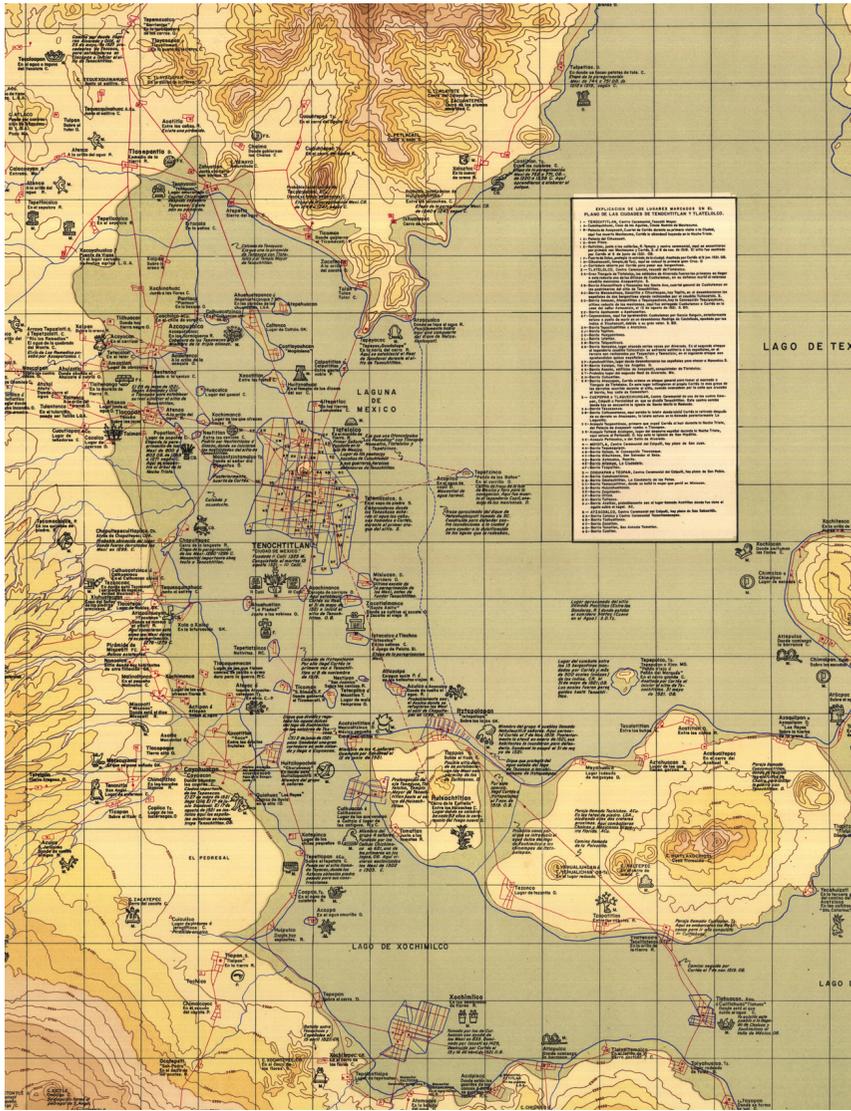


Fig. 1 Conformación de islotes en el Lago de Texcoco. Tomado de Gonzáles Aparicio (1968).

de San José de México para las atribuciones religiosas (Fernández, 1992). Las obligaciones de esa subordinación incluían dotar a la metrópoli de fuerza de trabajo y de servicios diversos, dependiendo de las obras que lo requirieran. En el siglo XVII, debido a las inundaciones, Iztacalco quedó asentado en las reparticiones de canales, acequias y calzadas de la Ciudad de México.

Existen registros de los repartimientos de 1607 y 1632 que permiten observar las obras principales de mantenimiento y reparación de infraestructura pública, destacando el testimonial del *Código Osuna*, en el que se anotaron abusos de funcionarios y complacencias de otros, que desencadenaron alegatos entre pobladores y autoridades. En 1687 fue de interés público un pleito legal entre el pueblo de Iztacalco contra el pueblo de Santa Ana, que disputaba la tenencia de tierras en el límite de sus fronteras, caso interesante por los fundamentos que incluyen la pertenencia, localización, uso, distribución, administración y hasta

los inconvenientes generados por las inundaciones de la época.

El siglo XVIII llegó con transformaciones importantes en Iztacalco: 1) el proceso de urbanización de la metrópoli promovería el crecimiento de superficies pobladas y edificadas, 2) la traza oficial de puestos de control y rutas navegables contenidas que vendrían de la mano del inicio de la inminente desecación del lago, y 3) las fronteras del pueblo cambiarían a los ojos de la administración más centralizada, incluyendo la expropiación de tierras de 1700.

Pero al mismo tiempo que se recibía el nuevo siglo con cambios fundamentales, la ideología iztacalca promovía un sentido de resistencia a las imposiciones centralizadas. En 1710 se registró un juicio entre Iztacalco y la Ciudad de México con la finalidad de restituir las tierras ejidales expropiadas, cuya resolución falló, en 1711, a favor de la población. Entre 1716 y 1721 se abrió una nueva controversia, esta vez en términos

sociales, debido al establecimiento de españoles en el pueblo, que aún era considerado pueblo de indios; la demanda intentó proteger los intereses de la población local, marcando un precedente de la defensa identitaria (Rivera, 2002).

En 1757 se proclamó prohibir la circulación de chalupas o canoas pequeñas en el Lago de Texcoco debido a la recurrencia de accidentes. Indirectamente se vio afectada la vida cotidiana de Iztacalco, ya que gran parte de sus costumbres derivaban de la navegación local y en la ruta comercial. Asimismo, existen testimonios de la imposición de multas a los pobladores por seguir navegando por el lago en embarcaciones pequeñas.

En 1768 se unió el pueblo a la cabecera de Mexicaltzingo (Rivera, 2002), lo cual significó descentralizarse de la parcialidad a la que estaba adherida. El peso administrativo de Iztacalco pasó a segundo plano y los cambios sociales se vieron reflejados a partir de 1770, cuando se determinó que las escuelas del pueblo enseñaran español y doctrina cristiana, comenzando el proceso de uniformidad lingüística del pueblo de indios. En 1771 se secularizó San Matías Iztacalco, creando un curato del mismo nombre, incluyendo los barrios de Santa Cruz, San Miguel, La Asunción, Los Reyes, Zacahuitzco, y los pueblos de Santa Ana Zacatlalmananco, San Juan Nextipac y Magdalena Atlaxolpa.

La percepción del pueblo cambiaría definitivamente en 1785 cuando el virrey Conde de Gálvez ordenó la traza del Canal de la Viga para convertirlo oficialmente en Paseo de la Viga, obra terminada e inaugurada por el Segundo Conde de Revillagigedo en 1790. El paseo era una ruta navegable que conducía de México a Chalco, comenzaba en la parroquia de San Pablo, en la margen derecha de la Acequia Real —hoy Corregidora—, pasando por la Garita de la Viga e Iztacalco (Vega, 2017).

El trazo del Canal de la Viga fue importante respecto la movilidad de una ciudad que se consideraba la Venecia Americana, no sólo haciendo eficiente el paso de mercancías que debían transportarse de manera controlada, sino que se convirtió realmente en un punto popular de recreación, cuyos antecedentes datan de entre 1697 y 1703, con multitudinarias andanzas de virreyes, oidores, arzobispos, canónigos, inquisidores y personajes distinguidos (figura 2).

La oficialización de la traza y la popularización del Paseo de la Viga tuvo como consecuencia la incorporación económica de diversas actividades, entre ellas la producción salina y agrícola chinampera; además, aumentó el uso de pequeñas embarcaciones y el flujo de personas y personajes ilustres ofreciendo complementos para el paseo.

Esta vía que corría paralela se convirtió en un paseo donde las familias caminaban. Éste se acompañaba de residencias y puestos de vendimia. También montaban caballos y se recorría La Viga ya fuera en carruajes sobre la vía aplanada o en embarcaciones de pasajeros que navegaban el canal (Vega, 2017).

El contraste entre visitantes y población local era evidente: los residentes de Iztacalco, de condición indígena, marcaron una pauta para fomentar la cohesión social de la comunidad y sus tradiciones, que fueron objeto de mayor asombro y se convirtieron en uno de los atractivos para las visitas; la festividad más notoria fue el Viernes de Dolores. El Paseo de la Viga se convirtió en un núcleo social de una ciudad, representando a un pueblo que vivía en un ritmo histórico distinto.

Los usos y costumbres de Iztacalco sobrevivieron al conflicto independentista, pero no su conformación política, que se vio afectada entre 1813 y 1814 cuando se suprimieron los pueblos de indios. En la búsqueda de un nuevo proyecto nacional y en vista del panorama geopolítico internacional, muchos cambios político-administrativos se dieron entre 1810 y 1820, generando una dinámica de imposición y revocación de administraciones (Rivera, 2002).

Hacia 1813 se pide que Iztacalco se erigiera como cabecera regional, tomando como base el curato dispuesto en 1771, petición que fue aprobada, iniciando una serie de inconformidades entre San Juan —parcialidad antigua a la que pertenecía este curato— y Mexicaltzingo, que disputaban la gubernatura.

La Constitución de 1820 normó la integración política de las comunidades indígenas, pero estableciendo un distanciamiento entre éstas y la metrópoli, condición que no duraría mucho tiempo debido a las turbulencias políticas y sociales por las que pasaría el país, con un Imperio de por medio y el nacimiento del Distrito Federal, determinando diversas unidades administrativas para la región.

Entre el desorden político, las actividades de Iztacalco y de los pueblos aledaños continuaron sustentando su economía en el núcleo del paseo y en las percepciones de potreros instalados en sus terrenos, marcando una situación de precarización de los pueblos, incluso llegando en el condicionante de abandono. Los pobladores que mantenían un flujo de recursos estable quedaron en una situación aparte; en este caso, el pueblo de Iztacalco hacia 1848 tenía 1 372 habitantes, 96% de ellos naturales dedicados a diversas tareas: 382 a la chinampería —básicamente produciendo hortalizas—, 65 jornaleros, 10 comerciantes, 9 chiquihuiteros, un maestro y maestra de escuela, un cochero, un carpintero y un sastre (Rivera, 2002).



Fig. 2 Paseo de la Viga, pintura de Pedro Villegas con fecha de 1706. Una de las primeras representaciones gráficas del pueblo de Iztacalco.

En el siglo XIX, gracias a una destacada composición social, Iztacalco mantuvo un estado combativo respecto a las directrices que marcaban las autoridades, registrándose, entre 1847 y 1853, disputas que giraban alrededor de los cambios de propiedad de bienes entre “dueños legítimos” y “apoderados de cada parcialidad”; sin embargo, siendo un ayuntamiento predominantemente indígena, se daba mayor peso a los locales. Nos explica Nayar Rivera: “Desde su creación, el ayuntamiento de Iztacalco defendía el rechazo a quienes no eran indios y contra las autoridades distritales, pues quería manejar los bienes de la comunidad como propios del municipio (Rivera, 2002: 47).

Mientras tenía lugar esta disputa por los bienes, también se hacían cambios importantes de imagen y de operación en el pueblo. El 21 de julio de 1850 se iniciaron los viajes de barco de vapor que recorrían el Paseo de la Viga. Estos acontecimientos fueron impul-

sados por el empresario Mariano Ayllón, que puso en marcha un proyecto para hacer más profundo y ensanchar el canal navegable, cambiando la elevación de puentes para que fuera posible que *La Esperanza*, primer barco de vapor, recorriera el paseo. La idea era establecer una ruta panorámica desde Iztacalco hasta Chalco con embarcaciones de vapor, orientado a las clases altas.

Las obras modificaron la percepción de los pueblos por donde cruzaba el canal, mientras que La Viga seguiría vigente en el ideario de la ciudad. Hacia 1870 se acumularon anécdotas que llegarían a tener talla presidencial: Benito Juárez contempló de manera personal Iztacalco y sus barcos de vapor. Dicho servicio, perduró todo el siglo XIX, pero se perdió conforme diversas industrias —como el ferrocarril— y planes avanzaron en la organización de la ciudad. Con la llegada de Porfirio Díaz al poder y sus políticas de desecación del

lago, alrededor de 1890 se emprendió la tarea de desaparecer el Canal de la Viga.

La urgencia por desecar el lago radicaba en las constantes inundaciones de la ciudad, realizándose para ello cambios en los cauces de los canales o la construcción de obras como el Gran Canal de Desagüe. Es de vital importancia considerar que tales medidas tenían precedentes en la época prehispánica, teniendo en cuenta que el de Texcoco era el menos profundo del sistema de lagos de la Cuenca de México. Podemos entender que el proceso de crecimiento artificial ocurrió por medio de chinampas o por la apropiación de superficies lacustres, política idónea en esta zona; igualmente, ello explica la presencia de inundaciones cíclicas que afectaban la ciudad.

La tónica del pueblo en el marco del siglo xx cambió enormemente: Iztacalco se consideraba totalmente una zona rural que mantuvo un color periférico y una producción agrícola, especialmente de floricultura y de hortaliza menor. La visión de pueblo atractivo para los visitantes también pesaba en su organización: un ciclo que conservaba el canal y su navegación a la par de grandes procesos de urbanización (figura 3).

Es muy significativo el año de 1903 por la fundación de la colonia La Viga. A petición del ciudadano español Íñigo Noriega se inició la expansión habitacional de la delegación, proceso que se intensificó y tuvo su mayor

auge entre las décadas de los años treinta y cuarenta (Rivera, 2002).

Las condiciones de vida del siglo xix, que se mantuvieron como precedente de la situación nacional, y los cambios que se introducirían en el siglo xx, impactaron directamente en el pueblo de Iztacalco: los torbellinos sociopolíticos de entre 1905 y 1930 se vieron reflejados en la población: múltiples cambios de la reglamentación de la tenencia de la tierra —individual y colectiva— y cambios administrativos masivos con el ir y venir de gobiernos —Díaz, Madero y Carranza.

Hacia 1916, los habitantes de Iztacalco solicitaron que se les restituyeran las tierras que tradicionalmente fueron los potreros de San José y Zacahuitzco, en manos de un administrador privado desde 1856. Pese a la emisión de una resolución favorable sólo se reconfiguraron los terrenos demandados, convirtiéndose en prolongación de canales de desagüe y de instalaciones de la Compañía de Tranvías Eléctricos de México; la superficie devuelta colindaba con el pueblo y se realizó fraccionadas, marcando uno de los últimos límites jurisdiccionales antes de convertirse oficialmente en la demarcación actual.

En 1928, después de promulgarse la reforma constitucional, fue suprimido el régimen municipal del Distrito Federal, hasta que en 1929 se establecieron 13 delegaciones. En un recuento expedito, podemos

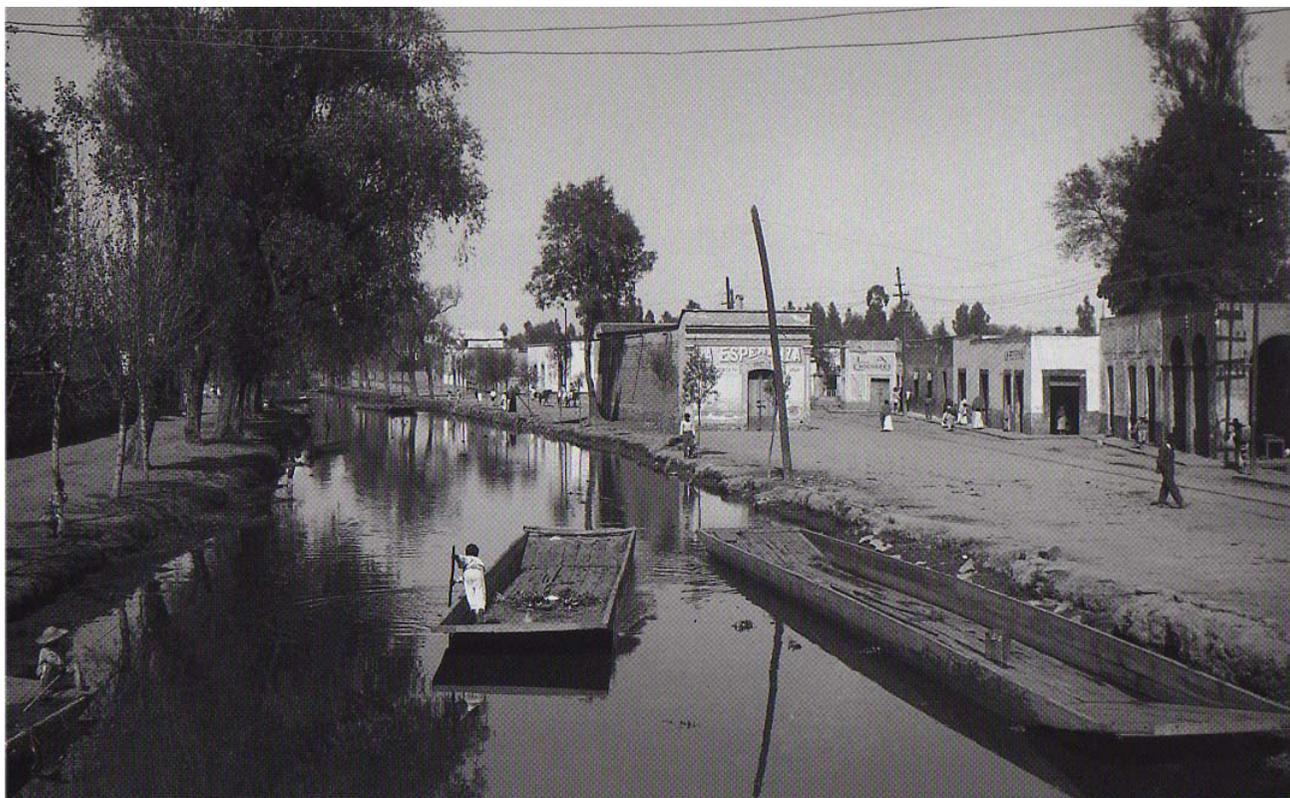


Fig. 3 Canal de la Viga, 1920. Fotografía de C. B. Waite.

identificar que la configuración del territorio de Iztacalco y de sus barrios se mantuvo así casi hasta el siglo xx.

A partir de un recuento de sus vaivenes como entidad política, Iztacalco, después de la Guerra de Independencia, fue incluido en 1855 en la Prefectura Sur del Distrito, hasta 1861; en 1900 se incorporó al Distrito Federal como parte de la Prefectura de Guadalupe Hidalgo, y desde 1903 hasta 1922 formó parte de Iztapalapa. Finalmente, en 1929, ya con la división política pertinente, Iztacalco se conformó como una entidad administrativa independiente que contaba con 9 000 habitantes —0.7% de la población total del entonces Distrito Federal— en una superficie de 58.30 kilómetros cuadrados.

En el ámbito social, el siglo xx representó para los iztacalcas un crecimiento y modificación de costumbres sin precedentes. Su entorno cambiante se aceleraba con rumbo a la imagen de la megalópolis. Los esfuerzos interesados en la unificación urbana eran fuertes y decididos; con la desecación del lago como primer paso, unas décadas antes, continuó la fundación de colonias, el crecimiento de zonas habitacionales e industriales e inéditas conductas sociales, y lo que ello implicaba: la distribución de nuevos materiales de uso y los desechos. En este sentido, en 1915, la Comisión de Higiene declaró que existían elevados riesgos por las problemáticas desencadenadas por los depósitos de basura en el Canal de la Viga, lo que finalmente llevó a considerar la sanidad de aguas a cielo abierto en la ciudad.

A pesar de que en 1940 el pueblo todavía registraba una buena producción agrícola, por Decreto Presidencial se expropiaron 20 hectáreas para urbanizar la zona; bajo esa dinámica, en 1951, el presidente Miguel Alemán transformó más de 300 000 metros cuadrados en solares urbanos. Iztacalco se consolidaría con la creación de nuevas colonias, habitándose con pobladores de distintas regiones del país, principalmente de Morelos, el Estado de México y Puebla. El acelerado crecimiento demográfico es descrito, sintéticamente, por Nayar Rivera, con el siguiente recuento:

La población de Iztacalco, que en 1800 eran tan sólo 2,495 habitantes, creció muy poco durante el siglo xix; en 1892 había 3,172 habitantes y en 1920 su número llegaba a 4,450. Hasta 1950 el crecimiento fue todavía relativamente menor: en 1930 había 9,261 habitantes; en 1940, 11,212; y finalmente en 1950, 33,915.

En cambio, entre 1940 y 1970, la población creció más de cuarenta veces: en 1960 ya había 198,904 personas y en 1970 alcanzó la cifra de 477,331, que la convirtió en una de las delegaciones más densamente pobladas (Rivera, 2002: 76)

Sin embargo, el golpe modernizador de mayor fuerza fue el del Canal de la Viga. El curso navegable, que era tan popular desde el siglo xviii, caía en decadencia por sus visitantes y sus condiciones ambientales. A principios del siglo xx el canal entró en un proceso de abandono, al que se sumaron las condiciones de salubridad, resultado de las crecientes zonas habitadas que arrojaban basura a la vía, dejando las tradiciones como único soporte del núcleo social del pueblo.

El mayor impacto que registró como zona agrícola y de recreación tuvo lugar entre 1940 y 1950, cuando se entubaron por completo los ríos y canales de la ciudad, incluido el de La Viga. El cambio no sólo abarcó la imagen urbana sino también el sistema chinampero por completo, que se mantenía en el núcleo del pueblo de Iztacalco; la subsistencia de esa infraestructura fue imposible sin el canal principal y sus corrientes derivadas. Hacia 1950, Iztacalco, en su estatus periférico, se convirtió en una zona industrial y continuó su proceso de desarrollo como área habitacional.

Algunos de los esfuerzos por una mejora estética del pueblo fueron los concursos tradicionales que exponían trajes típicos, canoas, puestos de legumbres y cancioneros, ocurridos entre 1923 y 1936. El popular certamen la *Flor más Bella del Ejido* inició en 1936 y la representación de Iztacalco solía ser recurrente y popular. Estos hechos hablan de una persistencia cultural frente a una realidad proclive a la urbanización y modernización.

La división política propuesta desde la reforma de 1903 se mantuvo básicamente hasta 1970, cuando una reforma más le quitaría algunos terrenos a la delegación Iztacalco para unificarlos a las delegaciones Benito Juárez y Venustiano Carranza; finalmente, el Iztacalco moderno cuenta con 23.30 kilómetros cuadrados, 1.6% del territorio del entonces Distrito Federal (Rivera, 2002). En 2016, la última reforma política del Distrito Federal cambió radicalmente su organización administrativa, convirtiendo las delegaciones en alcaldías, otorgándoles mayor injerencia y ejercicio presupuestal. A partir de entonces, a la metrópolis completa se le conoce como Ciudad de México.

La memoria de Iztacalco es interesante, rebasa lo cotidiano y lo presente; los sucesos permanecen en el mismo espacio hasta nuestros días y mantiene un núcleo social casi íntegro: sus barrios fundadores. Lo que queda claro es que la historia de los pobladores es de resistencia al cambio, al abuso y al abandono de costumbres. En este sentido, en el presente artículo se retoma la investigación documental y un recuento sistemático para sustentar la evidencia material recuperada de un predio investigado en uno de los barrios originarios, con la cualidad de estar situado a la orilla de una de las rutas comerciales más importantes de la Ciudad de México, desde hace más de 700 años.

Memorias arqueológicas en los barrios originarios de Iztacalco

Aunque contamos con registros y crónicas modernas, el núcleo originario de Iztacalco está arqueológicamente rezagado respecto a los estudios regionales realizados en la Ciudad de México. El ritmo de urbanización y sus obras inmobiliarias marcan el avance de la indagación, pero también la pérdida de la configuración memorial del pueblo.

Los únicos esfuerzos sistemáticos por practicar arqueología de campo han sido realizados por la Dirección de Salvamento Arqueológico (DSA) desde 1986, todos ellos ocasionados por la construcción o expansión de conjuntos constructivos en el área. Apegándonos a la información disponible en 2017, se puede hacer un balance: la presentación de poco más de 12 denuncias y dos proyectos arqueológicos derivados de la construcción de las líneas 4 y 8 del STC Metro, que dan cuenta del potencial y condiciones del área. Sin embargo, es poca la información respaldada con evidencia material, ya que principalmente se cuenta con elementos descriptivos provenientes de fuentes escritas, que resaltan la condición del núcleo de Iztacalco, barrio originario, como parte de la megalópolis, indicando la doble importancia de la investigación en la zona.

Los datos disponibles por inferencia arqueológica procedentes de trabajos sistemáticos comprenden tres rubros: excavaciones con vestigios, presencia de materiales y registro del emplazamiento.

Del primero de ellos se conoce la investigación realizada por Alberto López Wario, una excavación en 1993 que tuvo lugar en la Casa de Cultura de Iztacalco “Siete Barrios”, localizada a un costado de la iglesia de San Matías, la cual arrojó indicios de vestigios del Posclásico tardío. Se registró también cultura material de los siglos xv y xvi, destacando estructuras arquitectónicas —bardas de 0.60 metros de altura— consistentes en alineaciones de piedra y lodo, además de superficies de ocupación de alrededor de 2.00 metros cuadrados de tierra compacta y endurecida, así como un apisonado de tepetate; se infirió que quizá se trate de un cuarto de una unidad habitacional.

Se registraron, además, restos humanos prehispanicos de 13 individuos y dos entierros infantiles completos con su ofrenda. El análisis antropológico (García, 1995) determinó que se trata de dos entierros directos, individuales y en posición sedente, de dos infantes de entre 2 y 4 años aproximadamente. El entierro 1, con orientación sur-norte, y el entierro 2 con orientación este-oeste; en ambos casos con ofrendas de platos con engobe pulidos y ordenados de manera sobrepuesta. Por otro lado, se localizó un entierro secundario, removido, directo y colectivo, compues-

to por 11 individuos —cuatro hombres, cuatro mujeres, dos infantes y uno sin identificar— y materiales cerámicos Azteca III de entre 1400 y 1500 d.C. Las ofrendas estaban compuestas por cuatro copas Rojo Texcoco, un vaso Tláloc y cinco cajetes Azteca III.

En el material fragmentario se identificaron varios complejos instrumentales: vajilla doméstica, representada por comales, ollas, tiestos, cajetes, molcajetes trípodes, platos y jarras; vajilla ritual, como braseros, sahumadores, flautas y pipas; y finalmente, elementos cerámicos utilitarios, como malacates o salineras.

En la segunda categoría de antecedentes arqueológicos se identificó la presencia de materiales arqueológicos y virreinales, apreciados en el trabajo de inspección que realizó la arqueóloga Judith Padilla durante la introducción de drenaje sobre el Canal de la Viga en 1999, identificándose cerámicas Azteca III y Mayólica; mientras que la arqueóloga Karen López Beltrán encontró material cerámico de la esfera Colonial IV y series policromas porfiristas, en una excavación en el Barrio de San Miguel Iztacalco, en 2015.

Finalmente, contamos con información referida al contexto general de la zona de los barrios, datos que provienen de los proyectos de salvamento de las líneas 4 y 8 del STC Metro, siendo la última la más cercana al núcleo estudiado. Se poseen informes de 1994 de María de Jesús Sánchez Vázquez, Cecilia Susana Lam García, Georgina Tenango Salgado, José Jorge Cabrera Torres y Alicia Blanca Padilla, que reportan los tramos Coyuya-Avenida Cinco y Chabacano-Coyuca, con 5.570 y 1.365 kilómetros de largo respectivamente; los sondeos arrojan escasos materiales arqueológicos pero sí se registran datos relevantes sobre la composición de los estratos y de sus superficies, caracterizándose por constituir terrenos cenagosos con poca alteración cultural, infiriéndose que no existía asentamiento alguno.

La falta de evidencia material indicaría lo que se observó en el registro documental: más allá del núcleo fundador, los límites reales de Iztacalco crecieron urbanísticamente hasta la década de los años cuarenta del siglo xx. Es decir, la evidencia estratigráfica registrada habla de un emplazamiento de fondo lacustre con poca alteración cultural. Se entiende, entonces, que las inferencias del contexto o emplazamiento son similares en el aspecto regional; al respecto, se recuperan las observaciones de quienes participaron en el mencionado salvamento cuando explican el tramo Coyuya-Avenida Cinco, siendo el más cercano a la presente investigación.

Los sondeos efectuados a lo largo de este tramo permiten hacer las siguientes observaciones: la zona estuvo escasamente habitada y ocupada por construcciones de materiales perecederos hasta principios del siglo xxi, en que se dio un fuerte desarrollo tecnológico, industrial y

urbano, lo que obliga a hacer uso de los terrenos anteriormente anegados, propiciando el relleno y nivelación de éstos, con materiales extraídos de otros lugares; hecho que se constató a través de la estratigrafía y materiales recuperados, en los que se observó una clara alteración de las disposiciones, no existiendo una secuencia cronológica en los mismos.

Durante la Colonia y hasta principios del siglo xx, la zona adquirió cierta notoriedad por el canal y Paseo de La Viga, que se constituyó como distracción propia de un domingo capitalino. La desecación del lago trajo como consecuencia que el canal se deteriorara, por lo que se decidió rellenarlo (Sánchez *et al.*, 1996: 82-83).

En el Proyecto Arqueológico Metro Línea 8 se habla de evidencias posteriores a la época prehispánica, sobresaliendo vestigios de la Garita de la Viga y de cuartos habitacionales sobrepuestos, mencionándose incluso restos de un embarcadero en el área —la garita se encontraba en el actual cruce del Viaducto Miguel Alemán y la Calzada de la Viga, presuntamente a 3.00 kilómetros lineales del predio objeto del presente salvamento arqueológico.

Concretamente, el gran aporte de la presente investigación es la de recopilar y contrastar la cultura material y los registros históricos que existen sobre los barrios originarios de Iztacalco: el primero fue el del Museo de Cultura de Iztacalco, que intentó montar en la Casa de Cultura Siete Barrios, incluso se había

gestionado ante el INAH la concesión de piezas arqueológicas —documentado en el Exp. 2009-142 de la DSA—, entre ellas piezas del propio salvamento de la Casa de Cultura, y de otras de la misma temporalidad de investigaciones diversas, para completar la curaduría de los recintos. El proyecto nunca se concretó por factores de gestión delegacional y las piezas quedaron en resguardo del INAH (M. Eugenia Fernández, comunicación personal, 2017).

Proyecto Salvamento Arqueológico La Viga-Iztacalco

El predio localizado en Calzada de la Viga 785, colonia Barrio Santiago Norte, Iztacalco, marcado en el expediente como 2017-141, fue intervenido por la construcción de un conjunto habitacional de 32 departamentos, y un complejo de semisótano y sótano; esta obra es consecuencia de la necesidad que existe en Iztacalco, desde los años ochenta, de ofrecer vivienda a la sobrepoblada zona; como dato base, según registros (Vega, 2017), la colonia Barrio Santiago Norte cuenta con aproximadamente 7 109 pobladores (figura 4).

El área intervenida fue de 634.00 metros cuadrados, y forma un polígono irregular de seis lados con longitudes de 35.76, 22.00, 16.00, 15.40, 8.00 y 7.00 metros respectivamente. El proyecto se planteó por su colindancia con la Calzada de la Viga, antigua vía navegable, y su conformación como parte de uno de los barrios originarios; los principales planteamientos



Fig. 4 Localización del salvamento arqueológico sobre la Viga.

de investigación fueron: la ubicación del predio en la Cuenca de México y su interrelación biocultural; el entendimiento del urbanismo histórico a partir de su memoria colectiva y de los registros hasta la actualidad, resaltando el desarrollo del Canal de la Viga; finalmente, la identificación de los contextos arqueológicos registrados durante la excavación, esperándose evidencias de chinampas, de la zona del islote, de los embarcaderos, de las unidades habitacionales, depósitos de desecho; asimismo, se buscó hacer una secuencia de sus fases de ocupación, de todas las áreas de actividad y de todos los artefactos e instrumentos relacionados.

La ejecución del plan de excavación se llevó a cabo por medio de una estrategia de sondeo aleatorio, en todo el terreno, sobre una retícula que dividía la superficie en cuatro cuadrantes. Los sondeos buscaban registrar el contexto general y realizar columnas estratigráficas que ayudaran en trabajos arqueológicos posteriores; sin embargo, como se identificaron elementos sobresalientes se dispusieron en total 13 pozos de sondeo individuales de 2.00 metros cuadrados y 3 unidades de excavación —compuestas por 10 cuadros de 2.00 metros cuadrados— nombradas unidad 1, 2 y 3 por los diferentes vestigios registrados.

La excavación se efectuó pensando en las condiciones urbanas de la locación, donde la mayor parte de los contextos están perturbados, alterados y modificados; específicamente, se observaron dos grandes condicionamientos: intrusiones por elementos constructivos —cimentación— e intrusiones por rellenos de basura contemporánea (figura 5). En el predio se levantaron dos edificios que fueron demolidos para la nueva obra:

dos estructuras y un estacionamiento que conformaban el restaurante El Virrey de Villena, que estuvo dando servicio hasta principios del siglo xx.

El Sector Noroeste estaba alterado por la presencia de un edificio, cuyo sistema constructivo consistía en columnas y trabes vaciadas de concreto, que conformaba la cimentación, y que dificultó la excavación; incluso en esas condiciones se realizaron seis pozos de sondeo. Los resultados estos sondeos pueden resumirse así: se identificaron los elementos constructivos más recientes del predio, datados, aproximadamente, entre 1980 y 1990.

De dicho sector se tuvo que retirar, con martillo hidráulico, una plancha de concreto junto con sus zapatas, que llegaron a tener hasta 2.83 metros de profundidad y alteraban intrusivamente los estratos naturales, de cuyos rellenos se recuperó cultura material de la última ocupación y material revuelto. Era recurrente la presencia de tuberías, registros de agua, e incluso, cimentación de ladrillos en cada sondeos; en algunos pozos se detectaron, a partir de 2.50 metros de profundidad, capas estratigráficas pertenecientes al lecho lacustre, compuestas por arenas y limos con horizontalidad determinada por nivel acuático (figura 5, capas V y VI).

En el Sector Suroeste, el terreno era más adecuado para la excavación, ya que, a diferencia del primero, albergaba un estacionamiento y no contaba con alteraciones: se perforaron cinco pozos de sondeo individuales. En este sector se realizó el registro más completo de una columna estratigráfica: se identificaron patrones de cultura material y de los diferentes niveles estratigráficos.

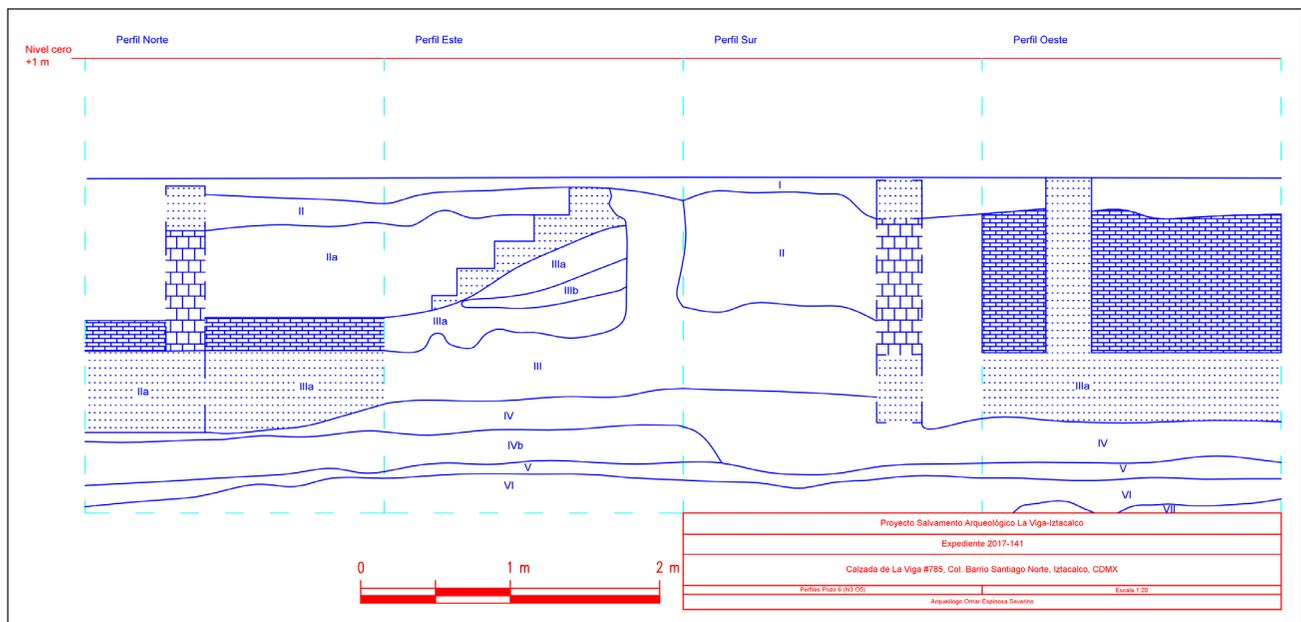


Fig. 5 Pozo de sondeo evidenciando la alteración del contexto.

Los resultados de los sondeos se resumen en una caracterización de rellenos de los diferentes niveles de ocupación: en un primer plano, se trataba de un firme de concreto y de dos rellenos de nivelación modernos, acompañados por depósitos de basura contemporáneos; se identificó, en este sector, un conjunto de capas de relevancia cultural: el nivel de ocupación antiguo se identifica como un nivel de un suelo de chinampa.

La caracterización se formuló en función de los atributos de tres capas que estaban constantemente juntas: la primera era un estrato de consistencia media y color café oscuro o negro, suelo edafológicamente hablando por su elevado contenidos de materia orgánica (figura 6, capa IX); justo debajo de la anterior se presentaba una capa del horizonte B del suelo; la más representativa era la capa ubicada por encima de ambas y que se encontraba sólo en áreas específicas no continuas: tenía una consistencia dura, que se describió como un aplanado de tierra para alguna ocupación humana (figura 6, capa IXa). Esta última fue caracterizada como una superficie artificial y estaba acompañada por concentraciones de material virreinal y prehispánico (figura 6). También se detectaron capas de fondo lacustre, en promedio, a 2.50 metros de profundidad.

El Sector Sureste, significativo por su colindancia directa con el Canal de la Viga, mostró las evidencias culturales más relevantes. Ahí se practicaron dos pozos de sondeo individuales y tres unidades extensivas. Aunque se encontró la cimentación de una edificación demolida, no mostraba el mismo sistema constructi-

vo del edificio anterior, afectando por ello, en menor cantidad el subsuelo del área; la edificación se podría fechar en dos momentos: una construcción de los años sesenta y sus remodelaciones, que fue ocupada hasta comienzos del siglo XXI.

La síntesis de excavación de este sector refuerza los niveles de ocupación descritos; sin embargo, se detectaron elementos sobresalientes: varios niveles del suelo de la chinampa y una sección de tierra apisonada como piso de ocupación antiguo; además, se detectó un canal intermedio entre los suelos de chinampa, y por ello, se decidió hacer una excavación extensiva que se denominó unidad 1.

Esta unidad fue el registro de excavación más cercano a la colindancia con la Calzada de la Viga —la figura 3 muestra una panorámica con vistas al predio, a sólo 450.00 metros de distancia—, atendándose con minuciosidad ya que, por la revisión histórica y fotográfica, se buscaban elementos constructivos de viviendas, muelles, o cualquier evidencia de actividad asociada al Canal de la Viga.

En esta zona se detectaron antiguos niveles de ocupación, que arrojaron la mayor concentración de materiales virreinales y prehispánicos que en cualquier otro punto del predio; además, se identificaron canales intermedios de separación con las superficies de las chinampas, con orientación oeste-este, y que giraba hacia el norte formando una esquina. En la unidad se detectaron dos apisonados, uno de cada lado del canal intermedio, infiriéndose como evidencia de algún elemento constructivo con vista hacia el canal.

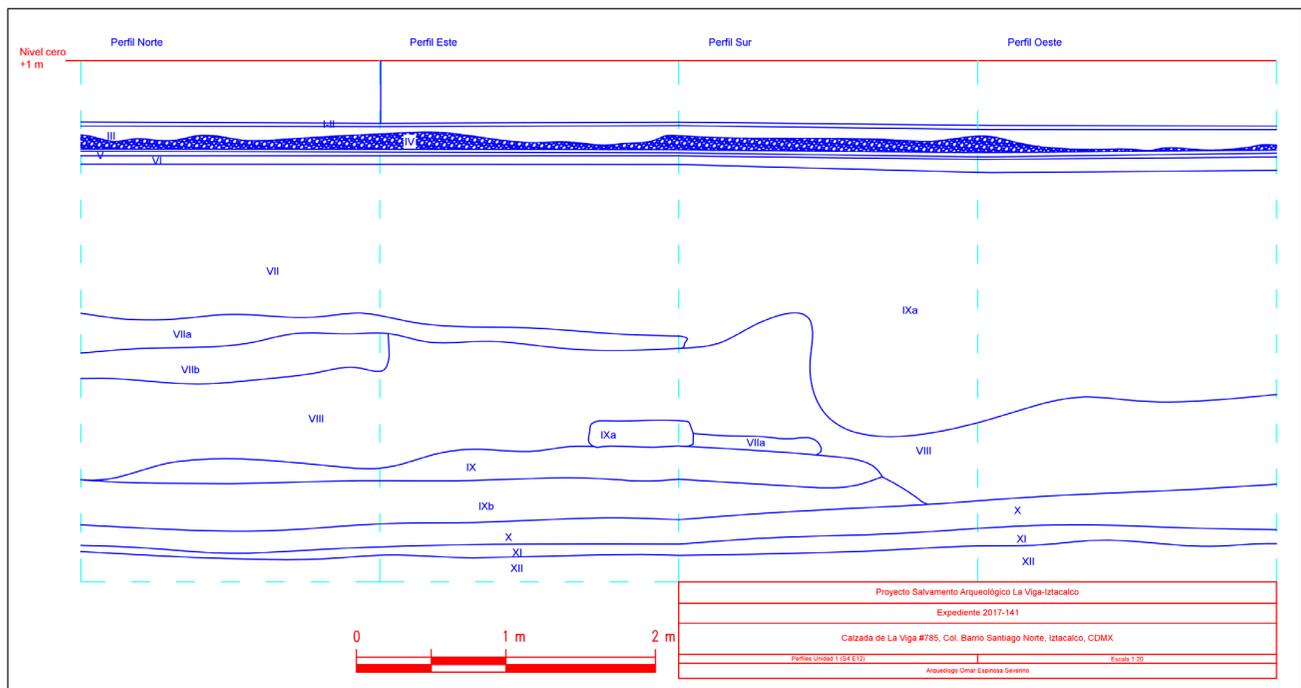


Fig. 6 Niveles de ocupación cultural en la unidad 1.

También se pudo observar que los niveles de relleno formaban parte de las ocupaciones, ya que la composición del primero, de época moderna, que nivelaba la última construcción, era sumamente heterogénea, incluso, se llegó a considerar un depósito de basura; mientras, el relleno intermedio era una capa mucho más uniforme, con elevada concentración de materiales virreinales y prehispánicos; finalmente, el relleno intermedio, que coexistía con el nivel de la chinampa y el apisonado, cubría de manera uniforme los canales caracterizados por constituir estratos de fondo lacustre, intuyéndose que a pesar de la presencia de intrusiones y de alteraciones del terreno, la columna estratigráfica conservaba coherencia respecto de las ocupaciones culturales (figura 7).

Al centro del predio se abrió la unidad 2, ya que se detectó un nivel de piso inédito compuesto por lajas de piedra basáltica de formas cuadrangulares, en promedio de 0.40 metros, infiriéndose que se trataban de elementos constructivos anterior a la década de 1940, pero no se detectó ningún otro elemento asociado. Se detectaron los mismos niveles de chinampa que en la unidad 1, incluso se pudo observar con mayor detalle un canal de separación interchinampa con orientación oeste-este (figura 8).

La unidad 3 fue la última en abrirse por completo, a 3.00 metros al norte de la unidad 1, con el objetivo

de confirmar el patrón estratigráfico observado en los demás sondeos. El resultado confirmó la conformación de los estratos, y además, se detectó una concentración de carbón y materiales arqueológicos al nivel de la chinampa (figura 9), que se determinó como un basurero que fue quemado en la época virreinal.

Recapitulando, en toda la excavación se establecieron puntos comunes contextuales: se detectaron estratos semejantes y continuos en todo el predio, con diferenciación de niveles inferidos como parte de la distribución del propio terreno; por un lado, debe considerarse que el predio forma parte de una región con características particulares; esta zona en concreto se trata de la extensión sur del Lago de Texcoco —si se toma como punto de partida el islote mayoritario del centro de México—, que fue apropiado por una sociedad creciente urbanísticamente en tres grandes momentos:

- 1) Ocupación del islote natural, momento no identificable en el predio debido a su localización periférica del islote de Iztacalco.
- 2) Crecimiento por medio de superficies artificiales, momento clave para el terreno sujeto a sondeo arqueológico.
- 3) Urbanización moderna a partir de la década de 1940.

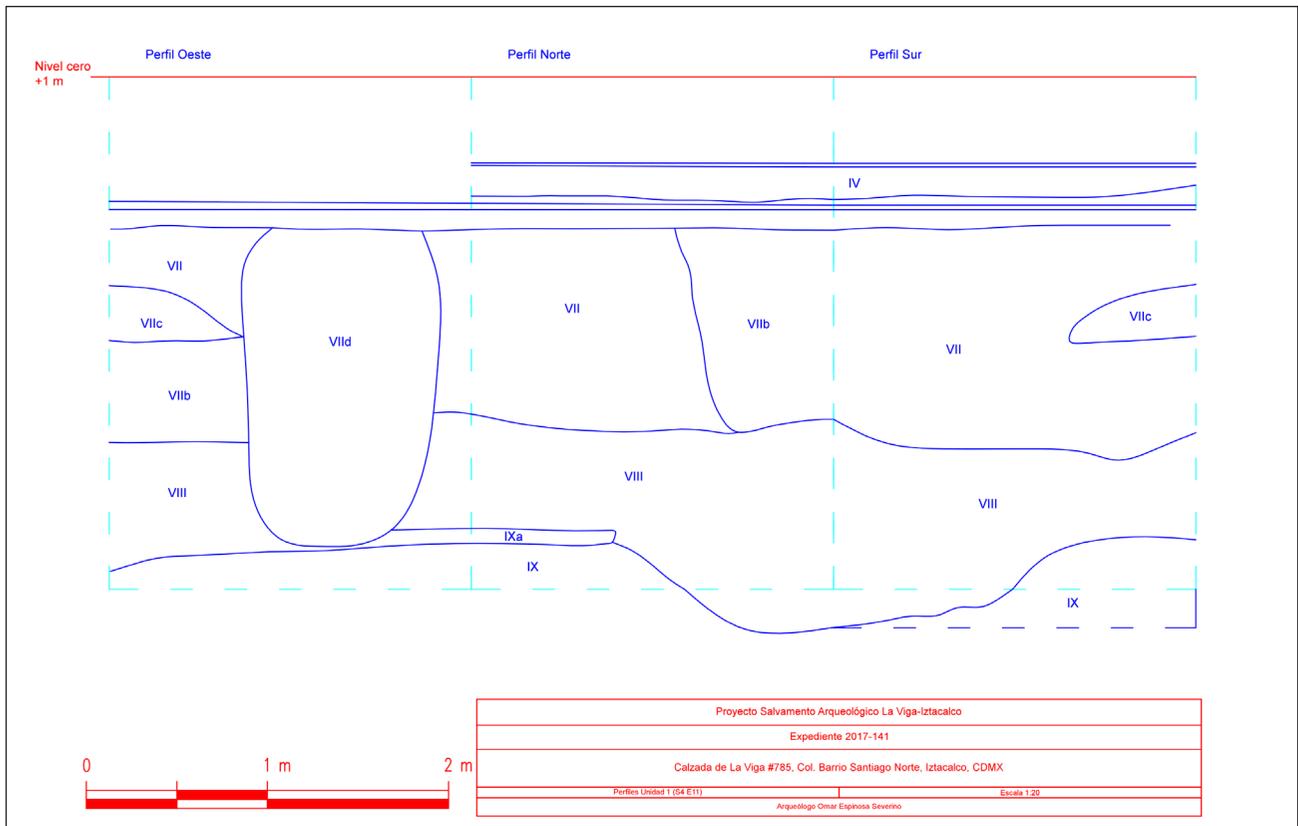


Fig. 7 Rellenos en la unidad 1, sección de la cala.

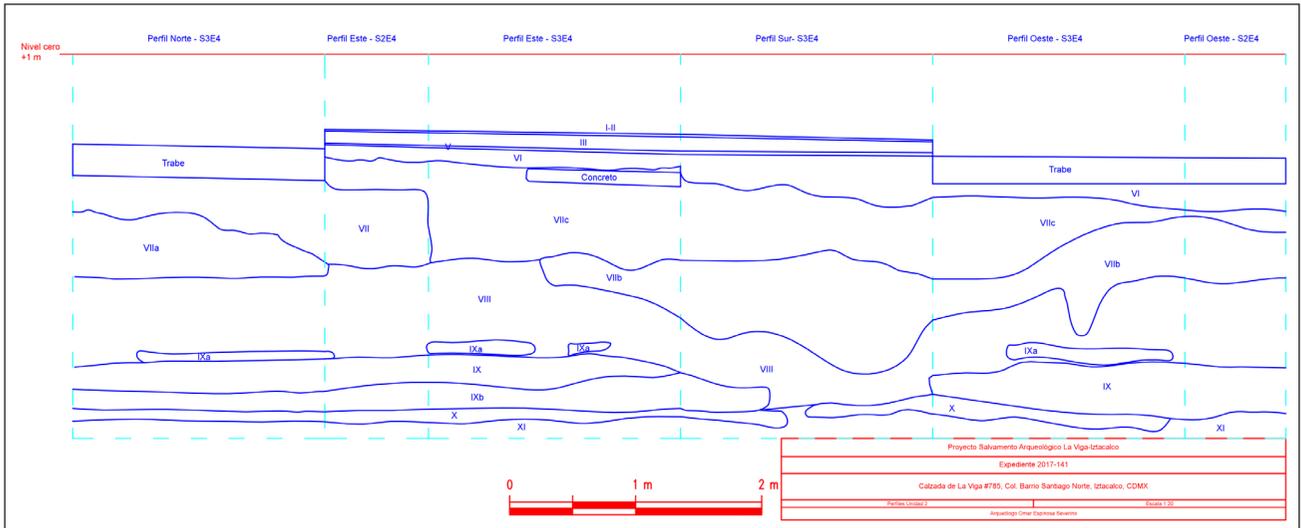


Fig. 8 Niveles de chinampa y canal interno en la unidad 2.



Fig. 9 Concentración de carbón y materiales arqueológicos, inferido como depósito de basura.

A manera de implicación de prueba y contraste del contexto de excavación, los registros detallados del Proyecto Arqueológico Metro Línea 8 sirvieron para entender lo observado en el predio de La Viga 785, comprobando directamente que el tramo Coyuya-Avenida Cinco, los trabajos más cercanos al predio, corresponde a terrenos lacustres, y sus ocupaciones remitirían a la urbanización posterior a 1940, incluso de terrenos de uso agrícola y de pastoreo; se entiende, entonces, que las inferencias de contexto son similares en el aspecto regional.

Por otra parte, partiendo de las similitudes observadas en la dinámica urbana y de algunos parámetros de excavación, así como de evidencias de los niveles detectados en los sondeos del proyecto, se describen tres ocupaciones principales en el predio:

- 1) Ocupación reciente: se trata de dos edificios, demolidos en noviembre de 2017 por la construcción de un nuevo proyecto inmobiliario, sede de restaurante El Virrey de Villena al menos durante la primera década del siglo XXI, que contaba con estacionamiento y todas las instalaciones modernas de agua y desagüe. El nivel de ocupación se localizó, en promedio, entre -0.40 y -0.80 metros de su nivel de desplante, aunque se llegaron a encontrar rellenos constructivos hasta -1.50 metros. El registro estuvo caracterizado por materiales constructivos modernos compuestos por traveses y castillos de varilla con concreto vaciado; en los niveles de ocupación había dos opciones: el firme de concreto o un piso de mosaico blanco y negro sobre un firme de concreto; los rellenos constructivos estaban compuestos por arena, grava y, en ocasiones, capas completas de sedimentos con basura contemporánea.
- 2) Ocupación media: se trata de una vivienda que ocupó el terreno, aproximadamente, entre la década de los sesenta y los noventa, de la que se desconoce su extensión total; sin embargo, es probable que constara de la misma distribución que los edificios recientes, ya que se encontraron pisos y materiales diversos en los rellenos de la construcción o de la remodelación de las últimas construcciones. Su nivel de desplante se encontró, aproximadamente, a -0.60 metros; no obstante, se detectó la cimentación y sus rellenos constructivos hasta los -2.50 metros de profundidad. La marca de la ocupación era un piso de mosaicos verdes o amarillos, o un piso de firme de concreto pulido en su nivel de desplante. El sistema constructivo es totalmente distinto ya que, a pesar de que estaba compuesto por traveses y castillo de varilla vaciados, el muro, e incluso el propio recubrimiento de las traveses, era de ladrillo industrial. Los rellenos de la ocupación variaban en profundidad y mayormente eran nivelaciones

revueltas de sedimento de ladrillos y mucha basura moderna

- 3) Ocupación antigua: es la más larga del predio; se trata de la primera, de la época prehispánica y el virreinato. Se detectaron niveles de ocupación exactos, cuya mayor característica está determinada por áreas de chinampas y pisos de viviendas comunes que perduraron al menos hasta la década de los años cuarenta. El nivel de desplante se encontraba a partir de los -2.50 metros y contemplaba una profundidad máxima de hasta -3.50 metros. Mientras, la ocupación antigua se detectó a partir del nivel de chinampas, destacada por dos capas estratigráficas limo-arenoso de consistencia firme y gran presencia de materia orgánica, como raíces. Esta capa podía presentar un manto superior identificado como un firme de tierra donde desplantaría alguna vivienda común de la época.

Además de los niveles, aunque no se determinaron las dimensiones de cada chinampa, se identificó la separación de cada una, con lo cual se podría proyectar su orientación y extensión.

Por debajo del último nivel de ocupación se detectaron cuatro capas estratigráficas correspondientes al nivel lacustre, compuestas por arenas, limos y arcillas con nula presencia de materiales culturales; se encontraron a los -3.00 metros de profundidad, a partir del nivel 0, y son continuas en las profundidades consecuentes; el nivel freático se detectó a partir de los -3.50 metros, pero dada la ausencia de material cultural se dio por terminada la excavación arqueológica a partir de ese nivel.

Con base en las fuentes se puede determinar la presencia cultural en esta área, al menos, desde 1240 d.C., aunque el análisis de materiales arrojó una acotación, hacia 1300 d.C., marcada por la presencia de Loza Azteca Bruñida (Cervantes y Fournier, 1995; Cervantes, Fournier y Carballal, 2007). También se registraron algunos elementos de la fase Azteca Temprano en su tipo Azteca II Negro sobre Anaranjado.

Asimismo, se identificó el tipo Azteca III Temprano Negro sobre Anaranjado que está directamente ligado con la ocupación estable del primer momento del predio, una ocupación fluctuante entre su crecimiento chinampero y su creciente desarrollo hasta el Posclásico tardío.

Toda la época antigua está dominado por el Complejo Azteca III Tardío (figura 10) correspondiente a las lozas Azteca Bruñida, Cuenca Bruñida, Azteca Pulida, Lagos sin Engobe, Texcoco Bruñida y Xochimilco Alisada, que registran un periodo de manufactura muy definido hacia el Posclásico tardío. Por la distribución concentrada en las unidades con los niveles de piso identificado se infiere que dataría la ocupación más estable.

Los tipos detectados dentro de la Loza Azteca Bruñida fueron Azteca III Monócromo, Azteca III Tardío Negro sobre Anaranjado, Azteca Tardío Negro sobre Anaranjado y Azteca IV Negro sobre Anaranjado (figura 11), todas caracterizadas por vajillas de tipo utilitario, ya sea de preparación o de servicio en el ámbito doméstico: cajetes, ollas, cazuelas y comales.

Igualmente, el tipo Loza Texcoco Bruñido estaba presente con los tipos Texcoco Rojo Monocromo, Texcoco Blanco Firme sobre Rojo, Texcoco Blanco y Negro sobre Rojo, Texcoco Policromo y Texcoco Compuesto. Esta loza es más variada que la Azteca Bruñida, ya que los enseres son de tipo utilitario, de servicio, pero inclinándose a productos de prestigio social o incluso de uso ritual, entre ellos sahumerios de mango hueco del Texcoco Compuesto; resalta que este tipo de cerámica está referida para el área de Tlatelolco.

La Loza Lagos sin engobe es significativa en esta investigación, ya que determina el material utilizado para la industria salinera que se menciona en las fuentes (figura 12); su tipo es Lagos Anaranjado Impreso, con las salineras que eran utilizadas indispensablemente en la extracción de sal del lago. A pesar

de su significación en esta zona, el nivel de materiales recuperados es casi nulo, al menos en esta locación, lo que abrió la posibilidad de marcar un cambio de paradigma en la actividad de este predio, localizado en la colindancia con el Canal de la Viga.

La Loza Cuenca Bruñida, determinada por el tipo Cuenca Café Monocromo, dio pauta para inferir actividades de ámbito doméstico entre 1240 y 1425 d.C., soportando la concatenación del desarrollo chinampero en los límites del islote natural.

En la Loza Azteca Alisada se registró el tipo Azteca Alisado, que constó de cuatro elementos: cajetes, un silbato, una figurilla Tipo III y braseros que de manera fragmentaria son evidencia de las dinámicas simbólicas en los ámbitos domésticos. También se registraron implementos de obsidiana, sobre todo navajas prismáticas provenientes del yacimiento Sierra de las Navajas, que fue explotada por los mexicas desde el Posclásico tardío y después de la Conquista hasta el siglo XVIII (Pastrana y Fournier, 1998).

Tras analizar estos vestigios, se puede observar que en el momento de ocupación prehispánica existía algún área de actividad doméstica. En este sentido, la



Fig. 10 Azteca III tardío.



Fig. 11 Azteca IV.



Fig. 12 Azteca Lagos Impreso Salinera.

distribución difusa y hasta minoritaria de algunas lozas y tipos pueden establecer el carácter fluctuante o flotante de este espacio, considerando que se trata de un terreno ganado a la superficie del lago y reconocido como parte del núcleo principal del poblado de Iztacalco hasta la época virreinal. Es importante, desde la evidencia arqueológica, identificar el nivel de ocupación prehispánica detectando de rellenos constructivos entre -1.50 y -2.00 metros, así como la presencia de chinampas con nivel de desplante; sin embargo, no hay elementos arquitectónicos prehispánicos que hayan perdurado.

Debido a la capa de apisonado y su relación con los materiales cerámicos prehispánicos se considera la posibilidad de la existencia de una unidad habitacional estable en el terreno o al menos una estancia parcial. Retomando la idea de la configuración de los predios durante la época prehispánica, también se puede inferir, desde un punto intermedio, el desarrollo urbano de la zona debido a que en este terreno, colindante con la Calzada de la Viga y la calle Ignacio López Rayón, se observa una forma irregular, algo común en la distribución y disposición de las calles de hoy, como lo comenta Luz Valeria Vega Alquicira (2017: 54): “Debido a que el Pueblo de Iztacalco tuvo un pasado lacustre desde épocas prehispánicas hasta principios del siglo XIX, las calles y avenidas actuales en la zona son el reflejo de éstas, debido a que muchas de ellas fueron canales. Esto se traduce, hoy en día, en calles irregulares, de anchos variables y recorridos complejos”.

Tal desarrollo es huella de una tradición lacustre de navegación en los terrenos y de la presencia de zonas artificiales en la Cuenca de México, que se mantendría en la ocupación virreinal.

Durante la Colonia se registra una presencia constante en este terreno, pero se trata de una reutilización del nivel prehispánico; en cuanto a la infraestructura, no hay cambio de niveles de desplante o de

sistema constructivo, sólo de cultura material. En ese sentido, el material analizado comprende evidencia del periodo Colonial temprano (Lister y Lister, 1982; López, 1976), cuya temporalidad fue determinada entre 1521 y 1700, cuando se registran cambios sociales debido a la imposición del sistema virreinal, pero con implicaciones materiales significativas debido a la producción de diversos tipos transicionales, con técnicas europeas y materiales locales; de manera formal, se registraron lozas Azteca Bruñida, Roja Bruñida Colonial, Bruñida de Tonalá, Colonial Alisada, Alisado Sellado, Vidriado de Plomo y Estaño —Mayólica— y Vidriado de Plomo. También se detectaron cerámicas del Colonial tardío, datadas entre 1700 y 1850, con lozas Mayólica y Vidriado de Plomo.

De acuerdo con los tipos identificados es posible agrupar ciertos elementos cuya manufactura reflejan periodos inmediatos al contacto con España, incrementándose las importaciones de cerámicas de manufactura europea, que permiten establecer cortes temporales en la ocupación del predio. Inicialmente se observaron los tipos Loza Azteca Bruñida con su tipo Azteca IV Negro sobre Anaranjado (1521 y 1620 d.C.): cajetes trípodes tipo molcajetes.

La presencia de la Loza Roja Bruñida Colonial establece la existencia de una importante cerámica tradicional de manufactura novohispana (Charlton, Fournier y Otis, 2007) entre 1550 y 1750. Los tipos de esta loza son Cuauhtitlán Rojo Monocromo y Cuauhtitlán Negro Bruñido con cajetes y ollas que fundamenta a la vajilla de preparación y de servicio.

La Loza Bruñida de Tonalá, con presencia minoritaria, resalta por proceder del Occidente de México, difundida en la Nueva España durante el siglo XVIII, tipo caracterizado por cajetes y ollas: vajilla de preparación y servicio.

La Loza Colonial Alisada se detectó constantemente durante la excavación: una vajilla simple, para la

preparación de alimento, de los tipos Alisado Colonial y el Alisado Rojizo; quizás, uno de los exponentes más conocidos de este tipo es el Alisado Sellado, que se caracteriza por sus escudillas de silueta compuesta, o páteras o lebrillos, que presentan un sello en el fondo como decoración (figura 13). Este tipo tiene una coexistencia entre 1521 y 1800, por lo cual, señalar un periodo específico de uso se va articulando en la periodización del lugar.

La coexistencia de Loza Vidriado de plomo y estaño (López, 1976; Goggin, 1968; González Rul, 1988) establecen un periodo puntual (1521 y 1650 d.C.) con sus tipos Ciudad de México Azul sobre Crema, Ciudad de México Blanco-variedad, y Puebla Azul sobre Blanco. La Loza vidriada de plomo abundaba, ayudando a particularizar las temporalidades del área. El Azteca V, datado entre 1521 y 1620, ayuda a distinguir una ocupación temprana al inicio del virreinato; de la misma manera, encontramos que el tipo Vidriado Ámbar y Vidriado Ámbar Ornado sugieren su consumo entre 1521 y 1700, además de un Vidriado Café y Vidriado Verde, que extiende la datación hasta 1820, lo que determina una permanencia continua y predominante.

Cabe resaltar que estos tipos, que contemplan una vajilla utilitaria de preparación y de servicio, pueden ser indicadores de las actividades de recreación que se intensificaron en Iztacalco hacia 1700, predominando jarros, ollas, cazuelas y platos.

Ya en el periodo Colonial tardío (1700 y 1850), pocos tipos coexisten con los materiales antes descritos. Se detectó Loza Mayólica compuesta por los tipos Amaclán, Policroma, Aranamo Policroma, Rey Ware y Tetepantla Negro sobre Blanco (figura 14). Durante el periodo Moderno (1850-1930) se presenta una nueva predominancia en la muestra analizada: las lozas Mayólica, Alisada, Fina y Vidriado de Plomo refuerzan la inferencia de su presencia desde la Independencia hasta el porfiriato.

Los tipos Alisado, Esquitlán Negro sobre Amarillo, Loza Fina Blanca impresión por transferencia (figura 15), Loza Fina Blanca Pintada, Oaxaca Policromo, Vidriado Policromo, Vidriado Negro y Loza Fina Blanca Monocromo están presentes en los siglos XIX y XX. Esos materiales compartían rellenos con los materiales recientes, especialmente un gran volumen de restos orgánicos: huesos de fauna de consumo.

En este sentido, el vidrio aportó datos interesantes. Mayormente, el de tipo industrial estaba representado por una serie de embaces de marcas comerciales, que refieren un proceso durante el siglo XX (figura 16). Estos objetos están ligados directamente con rellenos modernos de “ocupación media”.

Dicha ocupación, datada entre 1900 y 1980, cambió la constitución total del terreno gracias a los rellenos constructivos y elementos de cimentación que llega-

ban casi hasta los -3.00 metros, y que perturbaron las condiciones de materiales de las épocas prehispánica y virreinal. La “ocupación media” fue fácilmente identificada debido a los rellenos de nivelación de las edificaciones más recientes y de restos que los acompañaban: vidrio industrial, con un número importante de botellas de usos diversos, medicamentos, embaces de refresco y bebidas alcohólicas, plástico y artefactos de metal.

El análisis de materiales contemporáneos ayudó a configurarlos como marcadores de la ocupación de finales del siglo XIX, con una versatilidad diversificada de uso, ya que fueron sustitutos de elementos utilitarios de artículos perecederos o costosos en la vida diaria, como vasijas cerámicas, botellas de vidrio, frascos o juguetes. La muestra estaba compuesta por figurillas zoomorfas o antropomorfas de juguetes, botones, frascos, cucharas, monedas, pulseras, peines y hasta credenciales y tarjetas de crédito, que marcaban un momento de vida de uso entre 1991 y 1995 (figura 17).

La “ocupación reciente”, de 1990 a la actualidad, hace referencia a una zona habitacional común. Recuérdese que la historia de la región ha sido, hasta 1980, la de un centro urbano en la periferia, y se podría determinar que esta parte de Iztacalco registraba un nivel de vida y económico medio, con respecto a distintas zonas de la ciudad. Se pueden observar modificaciones particulares a partir de las necesidades habitacionales y de los depósitos de basura, que son indicadores de esa conducta social contemporánea.

En síntesis, la cultura material y los contextos están concatenados y guardan una coherencia interna en relación con su secuencia cronológica, pese a las alteraciones detectadas. Englobando lo mencionado, se propone la siguiente tipología para esta zona de Iztacalco:

- 1) Ocupación antigua
 - a) Posclásico temprano: Azteca II y Azteca III de la Loza Azteca Bruñida.
 - b) Posclásico tardío: Loza Azteca Bruñida, Texcoco Bruñido, Texcoco Compuesto, Lagos sin Engobe, Cuenca Bruñida, Xochimilco Alisada y Azteca Alisada. Navajas de obsidiana.
 - c) Virreinales:
 - I) Colonial temprano: Lozas Colonial Alisada, Vidriado de Plomo, Roja Bruñida Colonial, Mayólica; así como materiales orgánicos correspondientes a fauna de consumo.
 - II) Colonial tardío: Loza Colonial Alisada, Mayólica, Bruñido de Tonalá y Vidriado de Plomo; así como materiales orgánicos correspondientes a fauna de consumo.
- 2) Ocupación media
 - a) 1850-1900s: Loza Alisada, Mayólica, Loza Fina y Vidriado de Plomo.



Fig. 13 Alisado sellado.



Fig. 14 Tetepantla Negro sobre Blanco.



Fig. 15 Loza Fina Blanca, impresión por transferencia.



Fig. 16 Botella de refresco.



Fig. 17 Figurillas antropomorfas, soldados de juguete.

- b) 1900-1940s: Loza Fina, vidrio y metal; así como materiales orgánicos correspondientes a fauna de consumo.
 - c) 1940-1970s: vidrio, plástico y metal, mayormente de marcas comerciales que identifican la época; así como materiales orgánicos correspondientes a fauna de consumo.
 - d) 1970-1990s: vidrio, plástico y metal, mayormente con marcas comerciales que identifican la época; así como materiales orgánicos correspondientes a fauna de consumo.
- 3) Ocupación reciente
- a) Basura contemporánea compuesta por vidrio, cerámica, plástico y metal.

Ligando la historia cultural puede verse la congruencia de desarrollo, ya que el islote fue ocupado de manera temprana, pero no se aprecia crecimiento donde se localiza el predio excavado; la presencia de materiales arqueológicos como el Azteca III Temprano Negro sobre Anaranjado puede soportar tal idea. Sin embargo, es la presencia predominante del Azteca III Tardío Negro sobre Anaranjado la que marcaría la secuencia más estable de ocupación, asociada a la creación de la chinampa como área habitacional, inferida a partir de Loza Azteca: una vajilla utilitaria primordialmente de preparación y de servicio.

Tras considerar lo evidenciado en las fuentes, es interesante reflexionar sobre el nombre del núcleo social de la presente investigación, ya que en el glifo toponímico se visualiza la relación geográfica y la organización social del asentamiento; la palabra Iztacalco proveniente del náhuatl, y cuyo significado sería “en la casa de la sal”: *ixtatl* = sal, *calli* = casa y *-co* = sufijo de lugar, que explica una actividad.

Pero existe otra interpretación: “lugar de las casas blancas”: *iztac* = blanco, *calli* = casa, *-co* = lugar. Ambas acepciones se han debatido y han sido consideradas como correctas; sin embargo, Miguel Othón de Mendizábal (1928) arguye, iconológicamente, que en el glifo del *Códice Mendocino* se representa el proceso de producción de sal por medio de la filtración y secado del agua del lago (figura 18).

Sobresale la tesis de Othón de Mendizábal ya que puntualiza la condición del entorno geográfico de islote en la llanura lacustre y salina compartida, además de resaltar una actividad particular. María Flores y Manuel Pérez (1997) sugieren que los glifos toponímicos pueden agruparse por sus características iconológicas, dependiendo de la idea que represente cada lugar. Habría un grupo que hace referencia a su medio, otro que sugiere una actividad, y finalmente, uno más que sugiere importancia social o registro en fuentes.

Siguiendo esa pauta, la lectura del glifo de la figura 18 glifo empata con una cadena de producción

deliberada y derivada de las particularidades del entorno, haciendo factible una importante actividad económica, convirtiendo ésta en su representación. Con base en la propuesta que sugiere la realización de una actividad, el glifo de Iztacalco entraría en el segundo grupo.

Como ya se mencionó, Iztacalco fue un centro de producción salinera; sin embargo, es escasa la evidencia de tal actividad: la presencia de Loza Lagos sin Engobe es menor a 1%, por lo que no es determinante, al menos en la zona donde se encuentra el predio; la extracción de sal pudo ser importante en el centro del pueblo, pero sin ningún sondeo extra se mantendrá a nivel especulativo.

Un eje más de debate es lo registrado en las fuentes, indicativo de la ruta comercial seguida y el pueblo sirviendo como una base en dirección al sur de la Cuenca de México. Según estudios de desarrollo económico, la interacción comercial debería mostrar una mayor variabilidad de elementos materiales de vestigios en contextos de movilidad, almacenamiento, y en algunos casos, de consumo. La zona es interesante, pero para determinar con factibilidad los argumentos de las fuentes, faltaría practicar más sondeos en la zona.

La inferencia, en ese sentido, tendría que plantearse desde la evidencia analizada. El Canal de la Viga, como ruta bilateral, dejaría una variabilidad material y evidencias de influencia en Iztacalco. Debido a las necesidades de la metrópoli, la gran ciudad mexicana se abastecía y basaba su subsistencia mayoritaria en intercambios, tributos e impuestos; en este caso, la

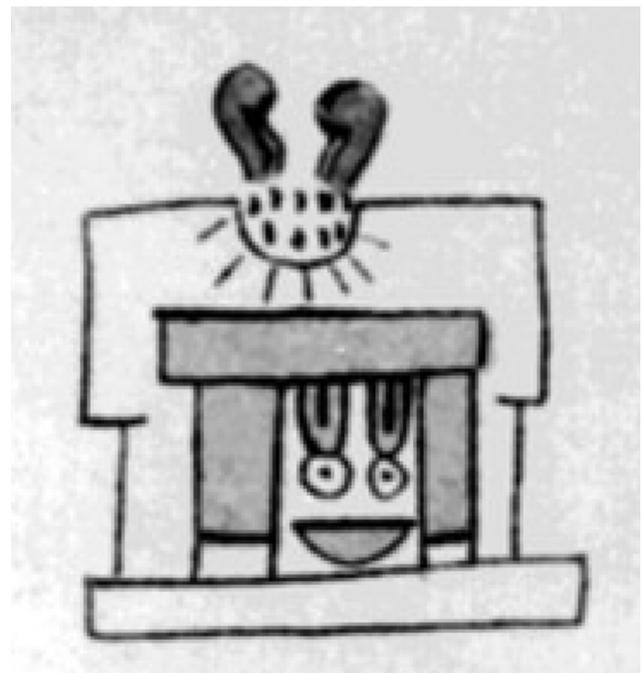


Fig. 18 Glifo toponímico, reinterpretado del *Códice Mendocino*. Tomado de la Mediateca del INAH.

ruta comercial mencionada conectaba la zona urbana con las provincias productoras o donde se concentraban y transportaban mercancías de la región sur del Imperio. Mediante teorías de urbanismo histórico, se puede considerar que el despliegue social y la dinámica generada por la interconectividad regional de la Cuenca de México determinaron a México-Tenochtitlán como una metrópoli epicéntrica (Smith, 2007); por tanto, habría que concebir la red de intercambio como una de tipo monopolística, con un sistema dendrítico, que permite repartir el mercado de manera jerárquica, administrado por unidades específicas dentro de su organización sociopolítica (Braswell, 2018), como lo sería el asentamiento iztaccalquense.

Es meritorio hacer un paréntesis respecto a las dinámicas propias del tema principal, para hablar de la consideración de la metrópoli y su zona rural respecto de las unidades administrativas que componen esa estructura. Sabemos que la organización sociopolítica de la Cuenca de México en el Posclásico tardío estaba fundamentada en el Imperio mexica, lo cual se mantuvo ya entrado el virreinato; por ello, es fundamental determinar que la información sobre su jurisdicción y funcionamiento provienen de la adaptación y reordenación política virreinal.

No es desconocido que los conquistadores retomaran la organización e instituciones del Imperio mexica, al menos durante la primera etapa de ocupación hispánica, para sustentar y mantener su propia red de explotación; por fortuna, existen registros adecuados para relacionar los temas. Si se escudriñan a detalle los registros administrativos, saltará a la vista que muchos barrios no tuvieron un origen prehispánico, sino que fueron conformados durante el virreinato, como lo fue Iztacalco.

Incluso, se debe considerar que, quizá, la conformación de las parcialidades pudo ser una conceptualización virreinal en su totalidad; se conocen datos que sugieren la ordenación de estas unidades administrativas hasta 1569 (Rovira, 2014), una referencia importante para su construcción y análisis, acotándose, de esta manera, como antecedente reflexivo en el estudio regional, tema que abre camino a futuras investigaciones

El entramado de la estructura de dichas unidades puede concebirse a partir de lo dicho por Rovira Morgado (2014), que se basa en un estudio sistemático de fuentes civiles y prácticas judiciales. Este autor argumenta que la estructura sociopolítica jerárquica se establece a partir del núcleo conocido como *altepetl*, una ciudad-Estado de la que se desprenden unidades menores: el *altepemeh*, definido como cabecera principal; el *tlayacatl*, que sería una parcialidad, y en el mismo nivel jerárquico aparece el *calpulli*, una unidad multidependiente, similar al concepto de parroquia

como institución urbana. En el ámbito civil administrativo, debajo del *tlayacatl* se encontraría el *tlaxilacalli*, un barrio menor, y el *tlaxilacaltin*, también conocido *altepeliana*, un terreno sujeto o una provincia rural.

La zona iztaccalca es un caso interesante de análisis por su condición originaria prehispánica, además de su posicionamiento geográfico respecto de las redes distributivas. Pensando en un modelo urbano, se trataría de una provincia de la metrópoli con una elevada dinámica de mercado, adherida a una estructura sociopolítica jerárquica; es decir, sería parte y sería considerada como una unidad formal. La complicación viene cuando se trata de justificar lo anterior a través de las fuentes: Iztacalco tiene una controversia respecto a su pertenencia al escalafón administrativo; por un lado, se considera barrio, *tlaxilacalli* (Rovira, 2014), y por otro, estancia, *tlaxilacaltin* (Fernández, 1992), lo cual tiene implicaciones importantes en su organización política.

La cuestión radica en el tipo de dependencia que se tiene a una unidad administrativa: si se trata de un barrio se hablaría de una conformación unificada a una parcialidad, mientras que, sobre una estancia, se referiría a una multidependencia a distintas parcialidades, lo cual demuestra una complejidad política en función del tipo de autoridad basado en poder, en su dependencia y subordinación. Ello cambiaría drásticamente el tipo de dinámica de mercado, ya que se trataría de un sitio meramente de paso o de una locación que concentraba material de la red distributiva. Como complemento de esta propuesta, fue necesario generar un modelo sistemático y comparativo con los niveles de bienes que transitaban por Iztacalco, algo que puede proyectarse a futuro.

Siguiendo con el planteamiento histórico, se observó que a mediados del virreinato y hacia el siglo XVIII, durante el proceso de desecación del lago, la Calzada de la Viga se convirtió en un lugar de recreación, en el que una serie de puestos ofrecía alimentos y flores. Siendo un predio colindante al canal, se presupone una actividad intensa respecto de la recepción de visitantes, asociada con una ocupación habitacional; además, el espacio estaba cerca de una de las pulquerías más antiguas y famosas de la zona.

Entendido lo anterior, se explica la tendencia del predio a concentrar un mayor volumen de materiales en el sector este, y una menor proporción en el fondo. Con apoyo visual se describe la composición de los predios de esta localidad: era una pequeña estructura cuya fachada estaba orientada hacia el canal, y con un terreno trasero dedicado al cultivo o simplemente estaba deshabitado. La vajilla de servicio podría relacionarse con elementos de paseo turístico y dominical de la zona, y a una larga ocupación que llegó a su final cuando se desecó el canal en su totalidad hacia 1940.

La zona de “chinampeado” permaneció hasta el siglo xx; posteriormente sería desocupada para ser rellenada por capas de sedimentos modernos y basura de construcción de edificaciones que servían con propósitos mixtos: de vivienda y comercial, algo que no cambió desde su antigua ocupación. La conversión del canal en una vialidad marcaría el inicio de la “ocupación media”, el crecimiento de la mancha urbana y una mayor necesidad de habitación en la zona.

La dinámica moderna cambió radicalmente la composición del predio: los contextos y materiales indican su transformación a partir de 1950, como se relató en los registros consultados en los antecedentes. Es notorio el cambio de cultura material y de materiales constructivos: se presentan materiales cambiantes de cerámica de loza fina, vidrio, metal y plásticos, que sugieren una ocupación larga y que se pueden dividir en dos fases: la primera entre 1950 y 1980, que estaría asociada con la construcción de la primera estructura, en la que se observa un piso de lozas verdes, amarillas y uno más de concreto pulido rojo; dichos materiales son claros por los diseños de marcas comerciales, especialmente en las botellas; finalmente, entre 1980 y 2000, los rellenos están relacionados con las últimas estructuras, que eran parte de un restaurante, y que fueron demolidas para los trabajos actuales.

Consideraciones finales

Las reminiscencias en la memoria de Iztacalco son una serie de fragmentos velados que establece el camino que dio paso a un pueblo chinampero hasta transformarse en una colonia popular de la Ciudad de México. Dentro de este camino se estableció una de las rutas comerciales más importantes de la Cuenca de México, desde la fundación del pueblo hasta el siglo xviii, por la que se puede ver una disposición de distribución hacia el centro: la gran metrópoli dominante e Iztacalco, una estancia multidependiente.

El valor multivalente de los barrios originarios está plasmado en el contexto de una porción de su núcleo. Se observa una variedad de tipos cerámicos que muestran un punto de encuentro cultural, sea por la ruta comercial o por el desarrollo de actividad de entretenimiento durante un centenar de años.

Uno punto representativo del área fueron las chinampas, cuyo registro arqueológico fue fundamental para determinar los niveles de ocupación, acompañado con los materiales de la ocupación antigua. Cabe señ

lar que se postula que las chinampas fueron crecimientos artificiales del pueblo, ya que el centro del poblado y el islote natural se localizan a 450.00 metros del área excavada, donde se levanta la iglesia de San Mateo. Además, siendo artificiales, puede señalarse que no se trata de chinampas tradicionales, sino de una adaptación del fondo lacustre desazolado.

El concepto “chinampa”, refiere a un terreno conformado artificialmente por medio de la superposición de tierra y un entramado de ramas o vegetación, así como por una formación de colindancia con árboles que enraícen el terreno artificial. En contraposición, se sabe que el fondo lacustre tenía varios niveles que se empantanaban: conocimiento de ellos se tiene en la zona centro y en el cuadrante suroeste de Tenochtitlán, conocido como San Juan Moyotlán, reconocido como el granero de la ciudad desde la época prehispánica hasta finales del virreinato. Contrastado con testimonios presenciales de la zona de Iztacalco, Santa Anita y del Canal de la Viga de los siglos xvii y xviii.

Como parte de la resistencia y fortalecimiento de la identidad local, encontramos que la adaptación de parte del pueblo como paseo demostró tanto una adaptación económica del pueblo como una organizativa, ya que se montó una serie de actividades que dejó evidencias materiales importantes; quizás, en este sentido, los niveles de ocupación detectados y sus basureros acompañantes son muestra de las dinámicas locales de comercio o de servicio.

Finalmente, la permanencia de tradiciones se observa en las fiestas de los barrios de Iztacalco, carnavales que se repiten año con año y que tienen como figuras centrales a varias de las iglesias de la comunidad y una serie de capillas que rememoran el recorrido del Viacrucis de Semana Santa. Cabe resaltar la peregrinación anual que se organiza para visitar al Señor de Chalma, cuyo punto de inicio es la iglesia de San Mateo (Espinosa, 2012), que completan y reiteran las condiciones autogeneradas de un pueblo originario.

La reminiscencia histórica que se desarrolla en el presente artículo es sólo un compilado y un ejemplo de recuerdos que pueden encontrarse en la vertiginosa urbe. Aunque la metrópoli se esmera por absorber su periferia, es posible desvelar algunos elementos y contrastarlos con los registros existentes, estudiarlos y observar si guardan una secuencia que permita generar narrativas completas. Iztacalco está arqueológicamente rezagado, pero cada iniciativa u oportunidad de investigación, es un esfuerzo de significación cultural.

Bibliografía

Braswell, Geoffrey E.

2018 Intercambio de obsidiana y sistemas económicos en el área maya. Ciclo de Conferencias *Jade, ámbar, conchas y cacao: intercambio e interacción cultural en el sur de Mesoamérica*. México, Centro de Estudios Mayas-IIF-UNAM.

Cervantes, Juan, y Fournier, Patricia

1995 El complejo Azteca III temprano de Tlatelolco: consideraciones acerca de sus variantes tipológicas en la Cuenca de México. En *Presencia y encuentros. Investigaciones arqueológicas de salvamento* (pp. 83-110). México, DSA-INAH.

Cervantes, Juan, Fournier, Patricia, y Carballal, Margarita

2007 La cerámica del Posclásico en la Cuenca de México. En Beatriz L. Merino Carrión y Ángel García Cook (eds.), *La producción alfarera en el México antiguo* (vol. V, pp. 277-318). México, INAH (Científica).

Charlton, Thomas H., Fournier, Patricia, y Otis Charlton, Cinthya. L.

2007 La cerámica del periodo Colonial temprano en la Cuenca de México. En Beatriz L. Merino Carrión y Ángel García Cook (eds.), *La producción alfarera en el México antiguo* (vol. V, pp. 429-296). México, INAH (Científica).

Espinosa Severino, O.

2018 Proyecto Salvamento Arqueológico La Viga-Iztacalco. Informe, expediente 2017-141 Calzada de la Viga #785, Col. Barrio Santiago Norte, Iztacalco, CDMX. México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, DSA-INAH.

Espinosa Vázquez, Héctor Manuel

2012 *Arqueología de una peregrinación. Estudio etnoarqueológico de la peregrinación a pie del pueblo de Iztacalco al santuario de Chalma*. Tesis de licenciatura en arqueología. ENAH, México.

Fernández Quintero, Norma

1992 *Iztacalco colonial. Estudio histórico-artístico*. Tesis de licenciatura en historia. UNAM, México.

Flores Hernández, María, y Pérez Rivas, Manuel

1997 La frontera sur de Tlatelolco, características, definición y comportamientos. Un avance de

investigación. En R. Manzanilla López (ed.), *Umbrales y veredas* (pp. 59-96). México, DSA-INAH.

García Cabañas, J.

1995 Informe de los materiales óseos descubiertos en la Casa de Cultura de los siete barrios, delegación Iztacalco, D. F. México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH.

Goggin, John M.

1968. *Spanish Majolica in the New World, Types of the XVI to XVIII century*. New Haven, Yale University Press (Publications in Anthropology, 72).

González Aparicio, Luis

1968 *Plano reconstructivo de la región de Tenochtitlán al comienzo de la Conquista*. México, INAH.

González RuI, Francisco

1988 La cerámica Posclásica y Colonial en algunos lugares de la Ciudad de México y el área metropolitana. En *Ensayos de alfarería prehispánica e histórica de Mesoamérica. Homenaje a Eduardo Noguera Auza* (pp. 387-415). México, IIA-UNAM.

Jiménez Vaca, Alejandro

2013 *Las acequias en la Cuenca de México: canales de agua y sus repercusiones en la arquitectura novohispana*. Tesis de doctorado en arquitectura. UNAM, México.

Lister, Florence C., y Lister, Robert H.

1982 *Sixteenth Century Maiolica Pottery in the Valley of Mexico*. Tucson, The University of Arizona Press (Anthropological Papers of the University of Arizona, 39).

Lombardo de Ruiz, Sonia

1973 *Desarrollo urbano de México-Tenochtitlan según las fuentes históricas*. México, SEP / INAH.

López Cervantes, Juan Gonzalo

1976 *Cerámica colonial en la Ciudad de México*. México, INAH (Científica, 38).

Mendizábal, Miguel de Othón

1928 *Influencia de la sal en la distribución geográfica de los grupos indígenas de México*. México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía.

Pastrana, Alejandro, y Fournier, Patricia

1998 Explotación colonial de obsidiana en el

yacimiento de la Sierra de la Navajas. En Enrique Fernández y Susana Gómez (eds.), *Primer Congreso Nacional de Arqueología Histórica. Memoria Oaxaca 1996* (pp. 486-496). México, Conaculta / INAH.

Rivera, Nayar

2002. *En la casa de la sal. Monografía, crónicas y leyendas de Iztacalco*. México, Delegación Iztacalco-GDF.

Rovira Morgado, Rosendo

2014 *Las cuatro parcialidades de México-Tenochtitlan: espacialidad prehispánica, construcción virreinal y prácticas judiciales en la Real Audiencia de la Nueva España (siglo xv)*. Tesis de doctorado en historia. Departamento de Historia Moderna-Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Autónoma de Madrid.

Sin autor

1992a *Iztacalco 1992*. México, Delegación Iztacalco-DDF.

1992b *Catálogo Nacional Monumentos Históricos Inmuebles y Muebles Iztacalco, D.F.* México, INAH / Delegación del Departamento del Distrito Federal en Iztacalco.

1994 *Excavaciones arqueológicas en la Casa de la Cultura*. México, Delegación del Departamento del Distrito Federal en Iztacalco / Subdelegación de Desarrollo Social / Coordinación de Asesores.

Sánchez Vázquez, María de Jesús, Lam García, C. S., Tenango Salgado, G., Cabrera Torres, J. J., y Blanco Padilla, A.

1996 Proyecto Metro Línea 8, informe final, vol. 1: Excavación. México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH.

Sánchez Vázquez, María de Jesús, Lam García, S., y Tenango Salgado, G.

1997 Proyecto línea 8. Informe final. México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH.

Sánchez Vázquez, María de Jesús, y Mena Cruz, Alberto

2005 Trabajos arqueológicos en la construcción del Metro. En Alberto López Wario y Margarita Carballal Staedtler (eds.), *25 años de la Dirección de Salvamento Arqueológico* (pp. 155-178). México, INAH (Científica, 470).

Smith, Michael E.

2007 Form and Meaning in the Earliest Cities: A New Approach to Ancient Urban Planning. *Journal of Planning History*, 6 (1): 3-47.

Vega Alquicira, Luz Valeria

2017 *Los 7 barrios de Iztacalco. Rehabilitación urbana*. Tesis de licenciatura en arquitectura. UNAM, México.